





RENÁN SILVA

LOS ILUSTRADOS DE NUEVA GRANADA,  
1760-1808

GENEALOGÍA DE UNA COMUNIDAD DE INTERPRETACIÓN



Silva, Renán, 1951-

Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808 : genealogía de una comunidad de interpretación / Renán Silva. -- 2a. ed. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, coedición Banco de la República, 2008.

712 p. : il. ; 24 cm.

Incluye bibliografía e índice.

ISBN 978-958-720-010-2

1. Intelectuales - Historia - Bogotá (Colombia) - 1760-1808  
2. Cultura - Bogotá (Colombia) - 1760-1808 3. Bogotá (Colombia) - Historia - 1760-1808 4. Bogotá (Colombia) - Vida intelectual - Historia - 1760-1808 I. Tít.  
920.086148 cd 21 ed.  
A1177095

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

## LOS ILUSTRADOS DE NUEVA GRANADA, 1760-1808

GENEALOGÍA DE UNA COMUNIDAD DE INTERPRETACIÓN

Primera edición: noviembre 2002

Segunda edición: agosto de 2008

Primera reimpresión de la segunda edición para el Banco de la República: marzo de 2017

© Renán Silva

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 #7 sur 50, Medellín.

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-010-2

Diseño de colección: Miguel Suárez / Diseño Gráfico

Ilustración de carátula: José Manuel Groot.

“Unos yerbateros, Francisco Javier Matís y el doctor Céspedes” (Detalle).

Editado en Medellín, Colombia.

*Para don Jaime Jaramillo Uribe,  
con respeto, cariño y amistad*



## AGRADECIMIENTOS

Este trabajo fue pensado, diseñado, ejecutado y escrito entre 1988 y 1994 y presentado en 1995 como Tesis de doctorado en Historia ante la Universidad de París I (Pantheón-Sorbonne). Los cambios entre la ya vieja tesis y el presente libro no son grandes, por fuera de aligerar en algo su extensión y mejorar su redacción, ya que escrito en una lengua que nunca comprendí muy bien, las limitaciones de gramática y vocabulario eran mayores. Aunque en algún momento abandoné la idea de su publicación, estoy contento de que se publique esta investigación ahora después de casi ocho años de concluida. Todo trabajo de historia está llamado a ser superado, cuando la investigación histórica en una sociedad es algo más que simple repetición de lo que poco a poco y de manera difícil y provisional se logra conquistar. Pero ningún trabajo de historia, que tenga calidades mínimas, puede ser simplemente “periódico de ayer”.

Es apenas natural que a lo largo de los años de ejecución de este trabajo haya contraído enormes deudas con un número grande de personas y de instituciones que me alentaron, criticaron y corrigieron, y desde luego con el personal de los archivos y bibliotecas de Bogotá, Mompo, Popayán, Madrid, Sevilla y París en donde trabajé y en donde encontré excelente atención y gentileza. Los recuerdos se han hecho borrosos con el paso del tiempo, pero el agradecimiento continúa. Debo particularmente mencionar en la ciudad de Popayán a Diego Jaramillo, quien me guió por las bibliotecas de esa ciudad que ocupa un lugar tan destacado en este trabajo, y a doña Olga Vinasco (q.p.d.), quien me instruyó sobre las continuidades del tiempo histórico y sobre la permanencia de las nociones de nobleza y de aristocracia en esa sociedad regional. En París recibí a lo largo de tres años las atenciones constantes de la familia Lozano-Ocampo, a quien no le importó alterar sus ritmos cotidianos para favorecer mi trabajo, y de Miguel Ángel Vargas, quien sacrificó su propio tiempo para liberarme de tareas prácticas que nunca pude resolver bien. Pero, sobre todo, unos y otro aceptaron escuchar y enriquecieron las distintas versiones de este trabajo. En Madrid fui de manera repetida auxiliado por la familia Pieschacón-Pérez y, en otro contexto, por los investigadores de la historia

hispanoamericana del Consejo Superior de Investigaciones, quienes de nuevo me apoyaron en Sevilla, mientras trabajaba en el Archivo General de Indias.

En la Universidad del Valle –institución en donde trabajo y que garantizó la comisión de estudios que me permitió adelantar y concluir esta investigación– estoy en deuda con los directores y personal de apoyo del Centro de Investigaciones –CIDSE–, en particular con Alix María Tafur, quien se desempeña como secretaria. Tengo una inmensa deuda con todos y cada uno de los profesores del Departamento de Ciencias Sociales –unidad académica a la que pertenezco en la Universidad del Valle–, lo mismo que con los estudiantes del Programa de Sociología de dicha Universidad, a quienes sin su autorización expuse en repetidas ocasiones el esquema general que anima este libro, sobre todo en lo que tiene que ver con las relaciones entre intelectuales, cultura y sociedad, tema central de mis reflexiones desde el comienzo de mis trabajos de investigación. En general debo muchísimo al ambiente intelectual y académico que hasta hace unos años fue dominante en la Universidad del Valle y que hemos visto peligrar en los últimos años, sin que sepamos nada acerca de su futura suerte.

En la Universidad de París pude sacar provecho no sólo de las enseñanzas, amistad y condescendencia del profesor Francois-Xavier Guerra, director por varios años de mis trabajos de investigación, sino de un jurado de tesis al tiempo exigente y comprensivo, a quien finalmente no pude despejar las dudas esenciales que expresaron sobre mi trabajo. Los señores Roger Chartier –con quien tengo por muchos motivos una deuda inmensa–, Serge Gruzinski, Daniel Pécaut e Yves Saint-Geours, todos ellos notables historiadores y profesores en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, realizaron una lectura atenta de este trabajo, cerraron indulgentes sus ojos ante alguna parte de su redacción y me indicaron las grandes limitaciones que aquejan este trabajo, casi todas ellas relacionadas con la propia situación de los estudios históricos sobre la sociedad colonial de Nueva Granada. Compartí y comparto todas sus críticas, críticas a las que aún sigo sin responder. Sólo discrepé de una de tales críticas, presentada por el señor Saint-Geours, quien descubrió en el texto cierto tono irónico en mis descripciones del grupo de los Ilustrados – *il faut les aimer* me increpó–, lo que a su juicio revelaría mi falta de aprecio por la obra y por la persona de quienes son, en mi opinión, los creadores de una



de las vertientes más intensas y valiosas de nuestra nacionalidad. Hoy más que nunca, a la luz de la actual deriva de la sociedad colombiana, debo decir que siento el más profundo aprecio por los creadores locales del ideal de la libre comunicación y la discusión razonada y a quienes debemos, además, la formulación de los ideales de la prosperidad y la riqueza colectivas como metas posibles para los colombianos, dos sueños que aún esperan su realización.

La dedicatoria de este libro –pero también muchas de las proposiciones que en él se discuten– dice cuánto debe mi trabajo a la obra de don Jaime Jaramillo Uribe, el principal impulsor de la renovación de los estudios históricos en Colombia desde hace medio siglo; y la referencia constante a las investigaciones de Germán Colmenares es simplemente el testimonio de una herencia explícita que me encuentro dichoso de reconocer, sobre todo ahora que padecemos los peores excesos, por fortuna pasajeros, de las modas culturalistas que son consecuencia directa del *linguistic turn*, que tan pocos beneficios le ha traído a las ciencias sociales.

Me es imposible mencionar a todas las personas que en el campo propio de mis investigaciones me han ayudado en Colombia. Aquí, con brevedad que favorece la injusticia, me limito a recordar las observaciones que recibí de Marco Palacios, quien vino del Colegio de México a la Universidad del Valle para discutir este trabajo. Igualmente debo mencionar mis discusiones permanentes sobre el papel de los intelectuales en nuestro país con mis colegas Guillermo Sánchez de la Universidad del Valle y Guillermo Vera de la Universidad Javeriana, discusiones que le han hecho mucho bien a este trabajo y me han salvado de numerosos errores; particularmente pensé en mis dos viejos amigos mientras escribía todo lo relacionado con la “formación entre compañeros”, pues ese fue el reto que nos planteamos hacia finales de los años 60s quienes desde esa época creíamos que, como escribió Hans-Georg Gadamer, “la educación es educarse”. Mis conversaciones permanentes sobre la actualidad del país con Álvaro Guzmán y Jorge Hernández, colegas en el Departamento de Ciencias Sociales, han permitido que las preocupaciones por el presente doloroso del país siempre estén en el horizonte de mis investigaciones; el interés mostrado por mis trabajos, tan lejanos de los suyos, por mis colegas economistas Jaime Escobar, Harvey Vivas y Carlos Ortiz; el estímulo, ayuda y comprensión recibidos de Beatriz Castro, y finalmente el interés permanente del historiador Jorge Orlando Melo, director de

la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República –interés que ha hecho posible que el propio Banco y la Universidad EAFIT acojan en su Colección de libros de Historia esta investigación–, son otros tantos motivos de agradecimiento y orgullo, y desde luego una nueva invitación al trabajo. De la amistad –que es uno de los temas esenciales del presente libro– decía Nietzsche que era “una exigencia y una esperanza comunes”, “algo tan fuerte como para darle un nuevo sentido a la vida”. Lo creo firmemente. Doña Leticia Bernal, quien trabaja para EAFIT como editora, me ayudó de manera sistemática a mejorar el texto, desde el punto de vista de su forma y contenido, y localizó errores importantes que yo no había advertido. Finalmente, de todas las lagunas bibliográficas que contiene este trabajo, hay una que lamento de manera especial. No cito, porque no lo conocía, el trabajo esencial de Anthony McFarlane sobre el siglo XVIII colombiano, publicado por la Universidad de Cambridge y traducido y editado en castellano en 1997.

A pesar de que en este trabajo exprese a veces mucho de mi desencanto con la historiografía nacional, sobre todo con aquella que se declara a sí misma como una etapa nueva en los estudios históricos nacionales, diferente de la “historia económica y social” –vista ahora con tantas reservas–, y dedicada al cultivo de los campos de la educación, de las “mentalidades”, de la “ciencia” y de la “cultura”, a la manera de parcelas separadas y desarticuladas de una historia social totalizante, y a pesar de que en alguno de los capítulos de esta investigación pueda haber escrito alguna frase que se estime como polémica frente a este o a aquel trabajo particular, el conjunto del texto fue pensado como una obra de diálogo que sólo trabaja sobre un deseo: el deseo de un conocimiento más justo y equilibrado de la sociedad colombiana, una sociedad tan necesitada de un nuevo acercamiento a su pasado y de la reconducción de su presente. Concluyo pues, haciendo más estas palabras ejemplares, recientemente escritas por Roger Chartier: “Existen muchos estilos en el mundo intelectual. El mío prefiere el compañerismo, el diálogo, el respaldo confiable que se encuentra en las obras sólidas y ejemplares”.

*Renán SILVA*  
*Grupo de Investigaciones en Historia, Cultura y Sociedad*  
*Departamento de Ciencias Sociales*  
*Universidad del Valle*  
*Paris, 1995-Cali, La Quebrada de El Burro, 2002.*

## ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN.....	15
INTRODUCCIÓN: RECONSIDERAR LA ILUSTRACIÓN .....	19
1. Estado absolutista y sociedad en el mundo colonial hispánico ....	20
2. La historiografía colombiana y el problema de la Ilustración.....	22
3. El objeto de esta investigación .....	25
4. La cronología: 1760-1808.....	29
5. La documentación .....	30
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I: EDUCACIÓN ILUSTRADA Y UNIVERSIDAD.....	37
1. Sociedad estamental y cuerpos universitarios.....	37
2. El crecimiento universitario durante el siglo XVIII .....	40
3. Transformaciones académicas y reforma universitaria .....	50
3.1 La difusión inicial de un nuevo modelo de verdad: el llamado modelo newtoniano .....	54
3.2 Reformas universitarias y resistencias de la sociedad .....	67
4. Biblioteca Pública y lectura.....	77
5. Balances y resultados hacia 1808.....	86
CAPÍTULO II: LA CRISIS DE LA JUVENTUD ESCOLAR .....	105
1. Actividad pública y vida privada .....	105
2. El Informe de don Manuel del Socorro Rodríguez acerca del mundo de los universitarios .....	127
3. Neogranadinos en Europa .....	133
3.1 Los viajes de letras en la sociedad colonial .....	133
3.2 El viaje ilustrado.....	138
3.3 Nobles, pobres e ilustrados en Europa.....	148
3.4 Estudiando en Europa .....	153
4. Algunos efectos y resultados.....	160

CAPÍTULO III: EL AUTODIDACTISMO: AL MARGEN DE LA UNIVERSIDAD .....	165
1. El escándalo del lenguaje .....	165
2. La crisis de las vocaciones jurídicas y las conversiones a la Historia Natural .....	171
3. La actividad Ilustrada en Popayán .....	194
3.1 El autodidactismo o la formación entre compañeros .....	195
3.2 La mirada del Barón de Humboldt sobre Popayán .....	213
4. En el margen de la universidad .....	219
SEGUNDA PARTE	
CAPÍTULO IV: COMERCIO Y CIRCULACIÓN DEL LIBRO EN LA SOCIEDAD COLONIAL.....	229
1. El libro en la sociedad colonial .....	229
2. La biblioteca de un clérigo del siglo XVII .....	235
3. Los libros de los jesuitas .....	242
4. Nuevos libros en circulación.....	250
5. El comercio y la circulación del libro Ilustrado .....	259
5.1 La formación de una gran biblioteca local.....	260
5.2 Los hombres de letras al comercio del libro .....	281
6. Los libros, más allá de los Ilustrados .....	290
CAPÍTULO V: BIBLIOTECAS, LECTURAS Y LECTORES EN LA ILUSTRACIÓN.....	297
1. La transformación de la Biblioteca del Reino.....	297
1.1 Las enseñanzas de las nuevas bibliotecas .....	298
1.2 La circulación ampliada de la nueva Biblioteca del Reino.....	321
2. Nuevas prácticas de la lectura.....	331
2.1 Asociaciones para la lectura .....	331
2.2 Las tertulias de lectura.....	334
2.3 Una sociedad de lectura en Santafé.....	340
3. Lecturas ilustradas en el campo .....	344
4. La lectura de gacetas.....	354

CAPÍTULO VI: LA ESCRITURA, LA OBRA Y EL PÚBLICO .....	363
1. La correspondencia de los Ilustrados .....	363
1.1 La escritura sin obra.....	367
1.2 La carta concluida como obra .....	375
1.3 Otras escrituras ilustradas .....	380
2. El público o el nuevo imaginario de la escritura.....	387
2.1 Las cartas de Francisco José de Caldas .....	388
2.2 El público al frente .....	395
3. La lectura y la escritura: Valores y representaciones.....	403
4. Una estrecha sociedad de lectores .....	413

### TERCERA PARTE

CAPÍTULO VII: UNA NUEVA REPRESENTACIÓN DE LA RIQUEZA ..	425
1. El descubrimiento de la Economía Política .....	425
2. La familia Torres en Popayán .....	435
2.1 Pobres como los Torres.....	437
2.2 La economía política de la salvación familiar .....	441
2.3 Buscando el mar .....	445
2.4 El sueño de la quina .....	449
2.5 Otras historias.....	462
3. Crecer y multiplicar .....	469

CAPÍTULO VIII: UNA NUEVA REPRESENTACIÓN DEL TRABAJO, LA NATURALEZA Y EL SABER.....	481
1. Trabajo, trabajo manual y trabajo intelectual en la sociedad colonial neogranadina.....	481
2. Otra representación de la naturaleza: la utilidad.....	493
2.1 El comercio de la Naturaleza .....	498
2.2 Fundamento divino e investigación empírica de la Naturaleza.....	502
3. El trabajo del intelectual .....	511
4. Saberes ilustrados, saberes prácticos, saberes populares.....	525

CAPÍTULO IX: EL MODELO CULTURAL DE LOS ILUSTRADOS.....	541
1. La función y el lugar del intelectual .....	541

2.	El Príncipe, protector de las ciencias y de las letras .....	561
2.1	Mecenazgo Real y Expedición Botánica .....	569
2.2	Rodríguez, el más pobre de América, escribe a Su Majestad.....	584
2.3	La aspiración a una obra libre y retribuida.....	593
3.	Autonomías y dependencias.....	604

CAPÍTULO X: CULTURA, POLÍTICA Y SOCIEDAD: EL MUNDO DE LOS ILUSTRADOS ..... 613

1.	Los Ilustrados de Nueva Granada, una comunidad de interpretación.....	613
2.	Las culturas de los Ilustrados.....	629
2.1	Religión y sociedad.....	630
2.2	El “honor social”: la continuidad de un valor .....	635
2.3	Señores, clientes y esclavos .....	640
2.4	La igualdad de los Ilustrados.....	647
3.	La política de los Ilustrados.....	656
4.	Los Ilustrados y la sociedad.....	675

SÍNTESIS Y CONCLUSIONES ..... 687

1.	Esquema general de interpretación .....	687
2.	El ideario cumplido .....	690
3.	Un proceso inacabado .....	692
4.	Consecuencias sobre el siglo XIX .....	694

BIBLIOGRAFÍA GENERAL ..... 699

1.	Fuentes primarias .....	699
1.1	Archivos.....	699
1.2	Periódicos.....	699
1.3	Colecciones de documentos publicadas .....	699
2.	Bibliografía .....	700
2.1	Principales obras que han orientado esta investigación.....	700
2.2	Obras citadas .....	702

## PRESENTACIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

La aparición y circulación de la segunda edición de *Los Ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, coincidirá con dos fechas importantes del panteón científico y político del país. En 1808 murió José Celestino Mutis, a quien se considera desde el siglo XIX como el “padre de la ciencia ilustrada criolla”, y por esa vía como uno de los precursores de la Independencia nacional, de la que en el 2010 se celebrará el Bicentenario. La memoria nacional estará pues de pláceme y muchos historiadores locales tendrán oportunidad de mostrar su vocación memorialista y conmemorativa, siguiendo una tradición que para el viejo oficio de historiador volvió a inventar el siglo XIX europeo y que parece muy difícil de superar, ya que esa tradición de nuevo sumerge a los historiadores en el mundo imaginario de los “precursores” y los “antecedentes”, que parecen ser dos de sus grandes tesoros, y les permite reforzar o reanudar sus relaciones con una forma de interpretar el pasado nacional, con la que se sienten a sus anchas, pues es el pasado que la escuela republicana y los libros de texto nos han enseñado. Hay que desear que la sobriedad domine las inevitables celebraciones y que más allá de los discursos oficiales, inscritos en un lenguaje cansado y al parecer insuperable, se pueda avanzar en el análisis argumentado de los hechos y de su significado, tanto en lo que tiene que ver con la Ilustración, como en lo que tiene que ver con la independencia nacional.

*Los Ilustrados de Nueva Granada* trató de ser pensado desde el principio, a finales de los años ochenta, como un trabajo que intentaría poner entre paréntesis la relación directa, causal e inmediata, entre Ilustración e Independencia nacional, no porque su autor tuviera definida con toda claridad una hipótesis sobre el sistema de relaciones que liga a esos dos acontecimientos, sino simplemente para someter a una prueba experimental esa relación aceptada como evidente (los historiadores detestan el método experimental, que solo creen útil en el campo de las ciencias naturales, porque tienen una visión rudamente positivista de la ciencia y sus métodos).

Entre tanto, en Europa y en América Hispánica, y sobre la base de modificaciones profundas del régimen historiográfico internacional, un número amplio de trabajos volvía a principios de los años noventa sobre el análisis de las independencias hispanoamericanas, poniendo en tela de juicio tres de los supuestos mayores con los que se la había estudiado y que para el caso colombiano se pueden especificar así: primero, que el fenómeno nunca se había producido, pues, como se dijo a comienzos de los años sesenta del siglo XX, se trataba de una farsa creada por las “oligarquías”, por lo cual había necesidad de “luchar por la segunda y verdadera independencia”, tal como lo señaló en su momento un texto de época (la *Segunda Declaración de la Habana*), del que hoy ya nadie se acuerda. Segundo, que el fenómeno si se había producido, solo que no en 1810, sino a mediados del siglo XIX, cuando se hicieron claras las principales reformas económicas republicanas, con lo cual el núcleo político moderno y revolucionario de la Independencia se evaporaba para los analistas. Tercero, que la Independencia se encontraba presente, pero en germen, desde muchos años antes de 1810, *escondida en sus antecedentes*, encarnada en los sabios ilustrados que habían despertado una conciencia nacional preexistente a la formación de la nación moderna, o, como en la variante populista, presente en la revuelta social de 1781, que la tradición llamó luego *Revolución de los Comuneros*, aunque algunos incluso no dudaban en ir más atrás y arrastrar los antecedentes de la Independencia hasta el primer conquistador o colonizador levantisco que en el siglo XVI vociferó contra alguna medida de los funcionarios locales que representaban la autoridad imperial. En todo caso, se trataba de tres formas básicas de desconocer el carácter inédito del acontecimiento, su fuerza original, la manera abrupta como nos introducía en el corazón mismo de la modernidad política más revolucionaria que se pueda imaginar y que llamamos “lo imaginario de la democracia”: la soberanía popular, la separación de los poderes, los partidos políticos, el régimen parlamentario, las elecciones libres. Que mientras tanto la sociedad seguía siendo ampliamente una sociedad tradicional, en la que la emergencia del individuo moderno era solo una posibilidad histórica remota, en la medida en que se carecía de las condiciones que podían hacer posible esa emergencia, nadie lo duda. Que de esa distancia entre el núcleo político moderno y la realidad de las relaciones sociales surgiera una dialéctica compleja y paradójica, que aun continuamos sin entender muy bien y que fue determinante para todo el



curso de los siglos XIX y XX, es algo que hoy sabemos mejor que hace treinta años.

Pero la actitud renovadora que ha acompañado a buena parte de la historia política de la Independencia y de la inmediata post/independencia, no ha encontrado eco ninguno en el análisis de la Ilustración y ésta continúa siendo pensada como “antecedente”, con el apoyo de una concepción teleológica que ordena el acontecimiento sobre la base de su supuesto resultado (la Independencia), lo que le niega a la Ilustración toda posibilidad de ser imaginada como fenómeno propio, como una de las formas básicas de nuestro ingreso en la modernidad social y cultural. Esperemos que las inevitables conmemoraciones que se avecinan sean en alguna medida, por leve que ésta sea, la ocasión de una renovación no solo de los análisis sobre las independencias hispanoamericanas, sino también la oportunidad de un cambio radical en los estudios sobre la Ilustración, lo que permitiría abrir un espacio para plantear la pregunta sobre los vínculos entre los dos acontecimientos y construir una pregunta nueva en torno a la presencia de la Ilustración en el pensamiento de los republicanos del siglo XIX.

Espero que como ocurrió con su edición anterior, el presente libro vuelva a encontrar algún eco entre los lectores jóvenes y le sirva a algunos de ellos como orientación.

Expreso aquí mis agradecimientos a las editoriales que de nuevo han comprometido su nombre y sus recursos para que esta edición haya sido posible. De manera particular debo agradecer en EAFIT a doña Luz Ofelia Jaramillo, a Alina Giraldo Yepes y ante todo a Héctor Abad, quien desde el principio mostró interés para que este libro siguiera en la búsqueda de sus lectores.

R. SILVA  
*La Quebrada del Burro*  
24 de marzo de 2008



## INTRODUCCIÓN

### RECONSIDERAR LA ILUSTRACIÓN

El proceso de difusión de la Ilustración en Nueva Granada parece ser, para la historiografía colombiana, un problema más o menos resuelto. Se trata de uno de esos temas sobre los cuales la tradición, en algún momento, fija unos datos y una interpretación que no vuelven a ser discutidos, olvidando no sólo las dificultades que pueden plantear las explicaciones iniciales, sino las nuevas preguntas que pueden proponerse tanto a la documentación conocida, como a las nuevas series de documentos que pueden ser incorporados en la investigación de un problema.

En el caso de Colombia, como de hecho ha ocurrido en otras historiografías de la región, la interpretación dominante, fijada desde mediados del siglo XIX, es aquella que analiza la Ilustración en función de la Independencia, y que entiende la Ilustración como un proceso de formación de la “conciencia política criolla”, proceso que tendría como resultado necesario la separación de España y la organización republicana. Para probarlo estarían, por fuera de muchos otros datos, la participación en los comienzos de la República de algunos de los que fueron miembros destacados del movimiento ilustrado, sus propios testimonios afirmando tal continuidad y la permanencia de muchas de sus ideas en el proyecto republicano.

Este trazado de lazos de continuidad entre dos fenómenos históricos cuya naturaleza no es semejante –lo que no anula el problema complejo de sus relaciones–, ha tenido como efecto un olvido de la evolución política singular que se abre paso en Hispanoamérica, a partir de la crisis de la Monarquía en 1808 y por lo menos hasta 1820; pero ha significado también un obstáculo para analizar el carácter específico del propio movimiento ilustrado, que no representa por lo demás una originalidad de Nueva Granada, y que no puede ser comprendido de manera plena sino por su inclusión en el propio campo de las transformaciones de la Monarquía hispánica a lo largo del siglo XVIII.

## I. ESTADO ABSOLUTISTA Y SOCIEDAD EN EL MUNDO COLONIAL HISPÁNICO

El ascenso y la victoria del absolutismo, con todas las consecuencias que ello significaba para la vieja sociedad de órdenes, organizada sobre la base de particularismos, fueros, prerrogativas y privilegios, son los elementos centrales de la política española durante el siglo XVIII. El proceso significó no solamente un cambio en las relaciones entre las “unidades políticas” de lo que hoy llamamos España, en la vía de formación de un “Estado unitario regido por unas mismas leyes y organizado territorialmente de manera uniforme”, sino también una redefinición del papel llamado a desempeñar por las posesiones ultramarinas de la Monarquía, que cobraron una renovada importancia en el proceso de construcción del imperio.<sup>1</sup> Los “Reinos de Indias” serán ahora considerados como parte integral de la Monarquía unitaria, y vivirán ellos también el “ascenso del absolutismo”, con ritmos diferentes y con las particularidades que son de suponer en una comunidad humana alejada de la metrópoli y organizada desde hacía dos siglos sobre la base de un sistema político y social de gran autonomía frente a la Corona, lo que había conformado ya una verdadera tradición política y cultural.

En el Nuevo Reino de Granada el proceso es claro por lo menos desde 1720, cuando el primer intento de fundación del virreinato; se acentúa luego, hacia 1740, cuando de manera definitiva se logra establecer un nuevo virreinato separado de la jurisdicción del Perú; pero sólo adquiere su perfil propio a partir de los años 70s, cuando lo que se denomina el “reformismo Borbónico”, con cabeza visible en los virreyes ilustrados, intenta de manera decidida el sometimiento de un territorio y de una sociedad que se le escapaban, aunque los resultados globales del proceso parecen no haber ido demasiado lejos, si observamos el poder que a principios del siglo XIX seguían teniendo los cuerpos y “órdenes” más tradicionales y la inercia y el arcaísmo que seguían caracterizando a la sociedad, pese a la importancia de los cambios que se encontraban en marcha: un comienzo de repunte demográfico, la consolidación del

---

<sup>1</sup> Sigo aquí y en las líneas que continúan a François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid, 1992, particularmente Cap.II: “La Modernidad absolutista”. Para una discusión reciente de la noción de “absolutismo” en el contexto de la historiografía europea cf. Ronald G. Asch y Heinz Duchhardt, editores, *El Absolutismo, ¿un mito? Revisión de un concepto historiográfico clave* [1996]. Barcelona, Idea Books, 2000.

mestizaje, el crecimiento de la vida urbana y un inicial proceso de cambio cultural, que será particularmente obra de los ilustrados.

A pesar de todas sus debilidades, el proceso de reforma es inequívoco en su dirección, aunque no lo haya sido en sus resultados, y puede observarse tanto en los esfuerzos de reordenamiento y control del territorio, como en la creación de organismos centrales, con jurisdicción sobre toda la sociedad, como, por ejemplo, los Tribunales de Cuentas, que trataban de garantizar el funcionamiento de la Hacienda Pública. Se trata de ese proceso que el historiador Germán Colmenares llamó la “extensión de la esfera del Estado”, y que debía de inmediato dar lugar a graves conflictos con la llamada “constitución implícita”, que hasta mediados del siglo XVIII había dominado los acuerdos entre los representantes de la Corona y las oligarquías locales que controlaban la vida municipal y regional a través de los cabildos, de las redes familiares y de los sistemas de clientela y protección.

Además de ser un intento de control político sobre una sociedad conformada por *cuerpos*, educados bajo la divisa de “se obedece pero no se cumple”, el proyecto de reforma de los Borbones tenía, desde luego, un contenido económico y fiscal, a tono con el nuevo papel de creación de riqueza que se asignaba a las posesiones de Ultramar. Pero el proyecto era ante todo un intento de reforma de la sociedad, de simplificación del abigarrado cuadro de relaciones sociales “barrocas” que debería ser reemplazado por un esquema binario, en lo que tiene que ver con la política, ya que no existirían sino el Rey y los vasallos; y por un esquema de individuos iguales, en lo social, derrotando las habituales pertenencias a cuerpos y órdenes jerárquicos y superpuestos.

En cierta manera, el primer intento de construcción de una sociedad de “individuos iguales” corrió por cuenta de la Corona y de algunos de sus funcionarios, y tal intento recuerda una de las líneas clásicas de creación del “individuo desnudo”, pues desde 1740 se hicieron esfuerzos por acabar con las formas de propiedad comunal de la tierra de las sociedades indígenas, lo que por lo demás era un hecho que venía imponiéndose como producto de las propias evoluciones sociales y económicas. Cuando después de 1770 funcionarios ilustrados, como el Fiscal Francisco Antonio Moreno y Escandón, reinician el proceso de extinción de “pueblos de indios” y la venta de sus tierras comunales, retomaban una antigua aspiración de la Monarquía, que la República concretará sobre la base de una nueva legalidad, lo que había sido una de

las propuestas de reforma de los ilustrados locales, cuando declaraban que debería suprimirse el tributo, terminarse con el régimen de las “castas” y homogeneizar a todos los grupos, creando la única clase de los ciudadanos.

Se trataba, entonces, de un proyecto general de reforma de la sociedad, y si podemos utilizar la expresión, de un “proyecto civilizatorio”, en el que el llamado “pensamiento de la Ilustración” y los propios ilustrados encontraban un lugar, pues, sobre todo desde 1767-1770, es claro que el proyecto incluye, para ser impuesto a la sociedad, el apoyo de *una nueva nobleza secular*, formada en las “ideas del siglo”, distinta de las comunidades religiosas y de los cuerpos tradicionales, aliada de la Corona y destinada a constituirse como los “sabios del Reino”.

El carácter inacabado del proceso, las resistencias enormes que demostró una parte de la sociedad frente a él, las modificaciones que por el camino fue induciendo en el proyecto mismo la Monarquía, según la coyuntura política –en España o en Ultramar–, no modifican el sentido del proceso, sino que exigen una investigación concreta de su evolución, para lo cual es necesario observar no sólo las realidades locales de cada virreinato, sino el movimiento de conjunto del imperio, del cual América formaba parte integral. De manera extrema puede decirse, sin exageración, que los propios ilustrados participaban en el proceso de *invención de la Monarquía*, en la medida en que fueron incorporando a sus propuestas los ideales del absolutismo.

De esta manera, estudiar el proceso de difusión de la Ilustración en Nueva Granada es analizar las formas y las vías particulares a través de las cuales un conjunto de prácticas y de doctrinas, que se inscribe en la línea de la “modernidad absolutista”, fue asumido por un grupo de individuos, que lo constituyó en principio de referencia y de identidad; y estudiar de qué manera, a partir de ese núcleo inicial, tales prácticas y doctrinas fueron incorporadas por la sociedad o rechazadas por ella, qué nuevas realidades produjeron y qué condiciones afectaron su extensión.

## 2. LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA Y EL PROBLEMA DE LA ILUSTRACIÓN

En la segunda mitad del siglo XIX, agotado el primer fervor nacionalista antiespañol, y un poco bajo el desencanto de los primeros treinta años de vida republicana, los autores de las primeras historias de la literatura nacional abordaron el problema de la anterior tradición cultural española, y se vieron confrontados con lo que desde la segunda mitad del siglo XVIII los propios actores del proceso habían llamado

la “Ilustración”. La interpretación que desde entonces hizo carrera fue la que formuló José María Vergara y Vergara, en su balance del pasado colonial: los grandes cambios de principios del siglo XIX son el fruto de las ideas ilustradas, pues “El espíritu no trae desde el principio de su desarrollo en Nueva Granada, otra tendencia que la de buscarse vida propia”, la Revolución de 1810, “se empieza a oír desde 1760, al principio sorda y lejana, poco a poco más cercana y resonante...”<sup>2</sup>

La voz que se empieza a oír desde 1760, según el análisis de Vergara y Vergara, no es otra que la voz del botánico español José Celestino Mutis –a quien se identifica con la introducción de la “filosofía moderna” en Nueva Granada–, pensado como figura creadora del proceso, quien a partir de la nada, o de los talentos escondidos, fue logrando crear un movimiento de ideas que terminará por decidir la separación de España; aunque en el fondo, para Vergara la Ilustración no crea la Independencia, sino que más bien le da cauce, pues ella se encontraba en el movimiento mismo de la historia, ya que “La organización colonial no nos convenía; los Reyes mismos de Castilla, de haberse trasladado a este suelo, hubieran trabajado por la Independencia”.<sup>3</sup>

Desde su presentación por J. M. Vergara y Vergara, ésta ha sido la interpretación dominante en Colombia sobre el proceso, pese a que otros trabajos han ampliado el “archivo” del problema o han descrito aspectos diferenciados del fenómeno, y aunque el conjunto de la tesis del autor no se asuma, o incluso aunque se ignore la obra de Vergara, quien, en su intento de defensa de una cierta tradición, pensaba que detrás de todo el proceso se encontraba Dios, pues “La Providencia deparó a los neogranadinos [con la Expedición Botánica] una compensación por la pérdida que hacían las letras perdiendo a los jesuitas [expulsados en 1767 por la Corona], que habían fundado tantos colegios e introdujeron la imprenta en estas regiones”.<sup>4</sup>

Es de manera reciente, a finales de los años 50s del siglo XX, que una nueva elaboración del problema empieza a abrirse camino en la obra del historiador Jaime Jaramillo Uribe, quien no sólo puso de presente la complejidad de la relación entre la Ilustración y los sucesos de 1810, mostrando que muchos otros elementos de orden político, filosófico y

---

<sup>2</sup> José María Vergara y Vergara, *Historia de la literatura en Nueva Granada* [1867], T.1. Bogotá, 1974. Las palabras citadas en p.24.

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> *Ibid.*, p.193.

teológico tenían su lugar en la “ideología” de Independencia (Suárez, Santo Tomás, el pensamiento jurídico preborbónico), sino que relacionó desde el principio el movimiento ilustrado local de Nueva Granada con la Ilustración española, mostrando las complementariedades entre uno y otro lado del mar, el carácter de inscripción en la cultura europea que tenía el movimiento ilustrado de Nueva Granada, y el núcleo de modernidad que entrañaba, aunque ésta no fuera entendida de manera explícita en la dirección del *surgimiento de una sociedad de individuos*, y aunque las relaciones entre América y España fueran consideradas aún como una relación entre dos conjuntos diferentes, y no entre dos unidades pertenecientes a un mismo conjunto político.<sup>5</sup>

Si bien la obra de Jaramillo Uribe representó un punto real de avance en el problema, su enfoque básico, que fue en ese momento el de la Historia de las Ideas, tenía una limitación, que hoy estamos en posibilidad de reconocer: el examen de la Ilustración solamente como un “movimiento de ideas” no facilita el estudio de los problemas de circulación, difusión y apropiación de una cierta doctrina, ni la extensión del campo de análisis al estudio de un sinnúmero de “prácticas ilustradas”, como pueden ser una norma de aseo del cuerpo, el cambio en una forma de cultivo agrícola, la realización de un censo de población, la observación de un eclipse por tres amigos, el ascenso al cráter de un volcán para tomar sus medidas, etc., y en general no permite investigar una amplia actividad de la sociedad y del Estado, que son formas concretas del llamado pensamiento ilustrado. Como tampoco permite estudiar de manera particular los procesos de formación de la nueva categoría intelectual, que hizo suyo el ideario ilustrado.

Además, aunque parezca paradójico, el enfoque tradicional de historia de las ideas –el análisis temático de la doctrina de un pensador, colocado luego en relación con un cierto contexto–, nos aleja de la cultura, tal como ella es *vivida y tal como se la representan día a día* grupos sociales que pueden participar de manera práctica de un movimiento de “ideas”, aunque no construyan un sistema, no escriban libros, o ignoren la expresión “clara y distinta” de la doctrina que han terminado por hacer suya.

---

<sup>5</sup> Cf. Jaime Jaramillo Uribe, “Tres etapas de la historia intelectual de Colombia” [1968], en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá, 1994, p.99 y ss. En realidad su balance sobre la Ilustración neogranadina se inicia desde mucho antes de la publicación del texto citado, y puede leerse en *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá, 1974, redactado en Alemania a finales de los años 50s.



Finalmente, el enfoque de historia de las ideas no permite analizar el problema de la incorporación de una cierta doctrina en la vida personal de un individuo o conjunto de individuos, e investigar por esa vía el problema histórico esencial del juego de relaciones entre un sistema de prácticas y un conjunto de “ideas” determinado, o simplemente tal enfoque asume que, tarde o temprano, las ideas terminan engendrando las prácticas. Debe resultar claro entonces, y el conjunto del texto está para demostrarlo, que las descripciones e interpretaciones que presentamos y el tratamiento que hacemos de los objetos que consideramos, establecen una precisa relación de discontinuidad con el enfoque llamado de “historia de las ideas”.<sup>6</sup>

Hoy mismo, aunque ha aumentado de manera relativa el número de trabajos sobre el movimiento ilustrado en Nueva Granada, ya sea bajo el ángulo de la historia de las ciencias, ya sea bajo el ángulo de la historia de la educación, podría afirmarse sin falsear el problema, que la perspectiva de historia de las ideas sigue siendo dominante, y que el enfoque de Vergara y Vergara, en su momento discutido por Jaramillo Uribe, sigue teniendo gran aceptación, aunque se suprima la labor de la Divina Providencia, se hable del “discurso y los enunciados” y se prefiera insistir, a través del recurso a un marxismo primario –una verdadera traición a Marx–, en que se trata del proceso de “ascenso social de los criollos” o la “expresión de los intereses de clase” de los comerciantes.

Mientras tanto, es poco lo que se ha avanzado en la formulación de nuevas preguntas sobre el carácter mismo del movimiento ilustrado, sobre los mecanismos particulares de constitución del grupo al que se identifica como los “ilustrados de Nueva Granada”, y sobre la necesidad de extender el “archivo” del problema para colocarlo en relación con nuevos cuestionarios planteados a una documentación más amplia, que permitiera observar el fenómeno más allá de sus contornos institucionales ya conocidos y de la consideración de la Ilustración como un conjunto de ideas, como una “doctrina”.

### 3. EL OBJETO DE ESTA INVESTIGACIÓN

En este trabajo hemos tratado de colocar entre paréntesis la relación aceptada entre Ilustración e Independencia (o Revolución) para tratar de

---

<sup>6</sup> Para las orientaciones sobre las formas de relación entre sistemas de prácticas y sistemas de representación y las formas de funcionamiento de las “prácticas sin discurso” cf. Michel de Certeau, “La formalidad de las prácticas. Del sistema religioso a la ética de las Luces (Siglos XVII-XVIII)” [1973], en *La escritura de la historia* [1978]. México, Universidad Iberoamericana, 1993, pp.149-200.

estudiar, simplemente, ciertas formas de difusión de la Ilustración que se encuentran en el centro de la constitución del grupo de los ilustrados, fijando nuestra atención no sólo en los que parecen ser los mecanismos mayores del proceso, como la reforma de la universidad o la Expedición Botánica, sino también en un conjunto de mecanismos en apariencia menores a los que tradicionalmente no se ha prestado atención, como son los del “autodidactismo” –llamado en este trabajo, “la formación entre compañeros”–, el viaje de estudios, el comercio y la circulación del libro, el intercambio epistolar o las nuevas prácticas de la lectura y de la escritura, entre otros.

Una de las grandes originalidades del movimiento ilustrado neogranadino por comparación con otras posesiones españolas de Ultramar, está precisamente en la variedad de sus prácticas y en su propia dispersión y fragmentariedad, en la existencia de mecanismos tenues y opacos, al parecer insignificantes pero que, observados en conjunto, muestran la riqueza del proceso y el carácter múltiple de sus direcciones, así este hecho contrasta con la reconocida pobreza de la sociedad y con la ausencia de construcciones institucionales en las que tales prácticas hubieran tomado una figura definida. Mientras no se retenga este hecho, será imposible comprender las semejanzas y diferencias entre el proceso neogranadino y el de otros virreinos, como Nueva España, por ejemplo, en donde destaca tanto la riqueza económica y demográfica de la sociedad, como la riqueza de sus creaciones institucionales (imprensa, universidad, escuela de minas, difusión del libro, teatro y arte, etc.). Si ello no se tiene en cuenta, tendremos que seguir contentándonos con la idea de la medianía de la sociedad (*aurea mediocritas*) y olvidando, además, la singular aventura humana que para los ilustrados constituyó su intento de acceso al pensamiento moderno.

Igualmente, hemos querido reconsiderar la Ilustración en Nueva Granada, intentando investigarla no como un “grupo de ideas” del que se puede hacer el inventario, sino como un nuevo sistema de representaciones sociales que produjo, si bien en un ámbito reducido, transformaciones culturales de importancia. Es por ello que hemos tratado de estudiar las nuevas formas de representación imaginaria construidas por los ilustrados en torno de problemas tales como la creación de riqueza, el trabajo, la naturaleza y el saber, con la convicción de que se trata de cuatro puntos esenciales de cualquier sistema cultural, y que por ello mismo permiten observar el fenómeno de distancia y de alejamiento frente a la sociedad, que para los ilustrados significó su propia constitución como “colectivo”, ya que los nuevos sistemas de representación terminaron

siendo un patrimonio de los ilustrados, pero un patrimonio escasamente compartido por el resto de la sociedad, y un principio de separación social y cultural, es decir de redefiniciones de las distancias sociales y las fronteras culturales. No es causal que el principio de cristalización de una élite con pretensiones modernas coincida con el surgimiento, en el otro polo de la estructura social, de “sectores populares”, cuya existencia descansa en otros soportes que aquellos que permitían la existencia del “mundo de las castas”, para usar el propio lenguaje de la sociedad colonial.

De la misma manera, hemos buscado plantearnos el problema de la forma precisa como los llamados ideales de la Ilustración, que nosotros caracterizamos como los de la *prosperidad*, la *riqueza* y la *felicidad*, se relacionan con una condición básica de posibilidad: la *reorientación del trabajo de la sociedad en otra dirección*, y la manera como dichos ideales fueron asumidos por algunos de los ilustrados locales, tratando de describir con detalle los mecanismos graduales que conducen a la incorporación de tales ideales en la vida personal, y lo que ello supone como intento de acercar una determinada formulación doctrinaria a la actividad práctica y a la propia vida cotidiana, con todos los desfases y desigualdades que pueden suponerse, y que el análisis histórico debe recrear, en su intento de dar cuenta de los funcionamientos complejos, heterogéneos y contradictorios que caracterizan los procesos de cambio cultural.<sup>7</sup>

En este intento de recrear los nuevos sistemas de representación social y su proceso de incorporación en cada una de las vidas de los miembros del grupo ilustrado, hemos hecho a un lado la idea corriente de que tales sistemas pueden estudiarse sin atender a las características singulares de los sujetos involucrados en el proceso, atendiendo por el contrario, en la medida en que la documentación lo permitía, a recrear los rasgos que individualizan a personajes como el botánico J. C. Mutis, el astrónomo F. J. de Caldas o el “naturalista práctico” Jerónimo Torres, para mencionar algunos de los individuos más citados en este trabajo. Desde luego que el individuo es un “ser social hasta en los pliegues más íntimos de su existencia”, pero siempre lo es de una manera particular, que constituye el principio de su diferencia. Como lo indicara en alguna ocasión Carl E. Schorske, los historiadores siempre le recordarán con

---

<sup>7</sup> Cf. Norbert Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1977]. México, F.C.E., 2a edición, 1989.

razón a Freud que Edipo era Rey, pero Freud siempre nos recordará que ese rey tenía un nombre propio: Edipo, y un drama singular.<sup>8</sup>

Debe señalarse también que este estudio de historia cultural, que sobre todo fija su atención en los procesos de formación de un nuevo grupo social, al que en el trabajo denominamos “los ilustrados”, no pierde de vista las relaciones de ese proceso con los avatares del imperio hispánico, en cuyo centro hay con anterioridad en el tiempo también un proceso análogo de constitución de un nuevo grupo de “hombres de letras”; ni deja de observar la relativa simultaneidad de tal proceso en las otras posesiones españolas de Ultramar. Nuestro acento sobre Nueva Granada se deriva sencillamente de que esa es, por decirlo así, nuestra “unidad de análisis”, lo que no debe ocultar la semejanza entre los problemas que los ilustrados de uno y otro lado de la Monarquía debaten y tienen al frente.

De igual manera debe insistirse, para explicitar aún más nuestro enfoque –y esperamos que el trabajo lo muestre mejor que esta rápida introducción– que en nuestra perspectiva está siempre presente *la sociedad* en la que vivieron los ilustrados. O dicho de otra manera, que el análisis cultural es tan sólo otra forma, aunque elíptica, de intentar dar cuenta de la sociedad, no a la manera de un contexto inerte, de un telón delante del cual se organiza la acción de los personajes, sino como una de las condiciones básicas que modula su acción, pero una condición que también puede ser, y de hecho lo es, modificada por los actores, quienes no expresan “intereses objetivos” (mucho menos “intenciones”) que estarían en otra parte agazapados. Es precisamente por diferencia con toda perspectiva objetivista que hemos largamente insistido en las páginas que siguen en el problema de la *ilusión* –la idea de que el “juego merece ser jugado”– y en sus mecanismos de puesta en marcha, para tratar de mostrar el peso que en la acción humana tiene una fuerza social que habitualmente los historiadores olvidan, como si las ilusiones fueran simples racionalizaciones –en el sentido superficial

---

<sup>8</sup> Sobre el estudio de las formas de “representación colectiva” –que nosotros llamamos sistemas de representación social–, cf. Durkheim, Émile y Mauss, Marcel, “Sobre algunas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas” [1901-1902], en *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*. Barcelona, 1996, p.25 y ss. Sobre las relaciones entre los “social” y lo “individual” y la pertinencia del psicoanálisis en las investigaciones históricas –siempre que se pida a ese enfoque lo que permite y que no se sacrifique la especificidad de una documentación con rútolos como “histeria”, “neurosis”– cf. De Certeau, Michel, “Psychanalyse et histoire”, en *Histoire et psychanalyse. Entre science et fiction*. Paris, 1987. Cf. particularmente

de esta expresión– que el análisis pudiera dejar de lado, y no una de las primeras condicionantes de la propia acción histórica, como resulta ya clásico desde los brillantes análisis de Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

De esta manera, pues, un proceso de difusión y de apropiación culturales, que se sitúa en el centro mismo del proyecto absolutista para los antiguos “Reynos de Indias”, y que nosotros caracterizamos como un *breve asalto de la Modernidad* –para retomar las palabras precisas de Serge Gruzinski–, y el proceso correlativo de formación de una nueva categoría intelectual, en el virreinato de Nueva Granada, serán los dos problemas centrales de los que aquí nos ocuparemos.

#### 4. LA CRONOLOGÍA: 1760-1808

Este estudio ha hecho suyos dos límites cronológicos, a los que considera no tanto como un “período histórico determinado”, sino como dos *hitos* que permiten organizar temporalmente de manera razonable una indagación sobre el problema. Es posible que si fueran otros los fenómenos a considerar, *aun sin modificar el problema*, otro corte temporal se impondría. Pero en un estudio que intenta detenerse ante todo en la formación del grupo de los ilustrados, el año de 1808 se impone con fuerza, pues, como lo veremos, para esa fecha los procesos de evolución intelectual, las formas de identidad y de pertenencia y el despliegue de una acción colectiva, se muestran al observador con toda claridad. Es un momento en el que es posible observar en Hispanoamérica de manera nítida la existencia de un grupo intelectual de rasgos modernos bien definidos, pero viviendo en los límites de una sociedad colonial de Antiguo Régimen que, precisamente, los ahogaba como intelectuales modernos; y el momento preciso en que se inicia en España el proceso de descomposición de la Monarquía ibérica e inicia su camino abierto el liberalismo “burgués”, bajo la forma inicial del “constitucionalismo histórico”, aunque entre el fenómeno de constitución de un campo intelectual moderno y la crisis política de la Monarquía no resulte posible postular ni relaciones directas ni encadenamientos del tipo “causa-efecto”.

---

pp.100-101 y ss., donde De Certeau recuerda la manera como Freud criticó las oposiciones entre psicología individual y psicología colectiva, entre normalidad y anormalidad, y cómo de su obra se desprende la exigencia de comprender la actividad humana como la unión indisoluble del acontecimiento (el hecho) y el fantasma (lo imaginario).

De otro lado, 1760 es una fecha emblemática, que los ilustrados de Nueva Granada siempre se imaginaron como el comienzo de una empresa mayor, que significaba el despertar de un virreinato pobre, interiormente desarticulado y de escasa población, pero que ahora marcharía hacia las metas de la prosperidad y la felicidad. En 1801, y teniendo en frente los apenas mediocres resultados de los proyectos de reforma económica y social, en un artículo del *Correo Curioso* se recordaba el inicio de la década de los 60s, como el principio frustrado del camino a la felicidad:

*No ha cuarenta años se procuró adelantar la labor de las minas de plata, con el mayor de los esfuerzos; se hicieron compañías y viajes a Suecia y a Alemania, con mucho trabajo y gasto; pero de todo esto sólo ha quedado la memoria de las fatigas padecidas. Se procuraron buscar las riquezas que mantenía ocultas y desconocidas la naturaleza en el reino vegetal... se pensó en levantar planos de los territorios, en hacer observaciones astronómicas, para conocer la respectiva situación de los lugares, y en promover la agricultura, verdadera fuente de la abundancia; pero nada produjo la felicidad del Reino.<sup>9</sup>*

1760, pues, además de ser una fecha emblemática, en la que los ilustrados colocaban el inicio del reino de la felicidad, nos recuerda también el comienzo de una década de diversas iniciativas “ilustradas” (viajes, exploraciones, nuevas asociaciones, etc.), anteriores a la propia acción de los virreyes y funcionarios que a partir de los años 70s tratarán de poner en marcha el ideal de la prosperidad, que ya en ese entonces aparecía como la condición de la felicidad.

##### 5. LA DOCUMENTACIÓN

Para realizar este trabajo hemos ampliamente utilizado las fuentes primarias que se encuentran a disposición del investigador en el *Archivo General de la Nación* en Bogotá, y de manera mucho menos sistemática informaciones provenientes de otros archivos colombianos y archivos españoles (de Sevilla y Madrid), ricos en datos sobre el movimiento ilustrado de Nueva Granada y de América hispánica. Igualmente hemos consultado con atención todas las colecciones de documentos primarios sobre el tema que han sido publicadas, lo mismo que numerosas obras que, representando una orientación distinta de la nuestra, tienen el mérito

---

<sup>9</sup> *Correo Curioso*, No.39, 10-XI-1801, “Sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País”.

de reproducir con cuidado y amplitud importantes fuentes primarias. Pero, como se verá a lo largo del trabajo, nuestro acento ha sido puesto de manera particular sobre la *correspondencia*, y particularmente sobre la correspondencia *privada*. Se trata de una elección deliberada, pues nos ha parecido que si se quiere ampliar el análisis más allá del campo tradicional de la historia de las ideas, o simplemente de la historia institucional, colocando el acento sobre los sistemas de prácticas y de representaciones, resulta esencial un tipo de fuente como la mencionada, por las posibilidades de acceso que brinda al mundo de lo *vivido*.<sup>10</sup>

Pero cualquiera que hayan sido nuestros resultados, estamos seguros que investigaciones posteriores deberán ampliar el “archivo” del problema de la difusión de la Ilustración en Colombia. Los archivos regionales continúan siendo hasta el momento muy poco explorados, incluso ahora que las condiciones de acceso a muchos de ellos han mejorado de manera notable. Es seguro que el estudio de nuevas series de documentos, que por el momento han sido dejadas de lado o nos son desconocidas, ligado al planteamiento de nuevas preguntas, modifiquen en un futuro más o menos próximo la mayor parte de las concepciones sobre la Ilustración en nuestro país, y en general sobre este aspecto central de la modernidad de las sociedades hispanoamericanas.

Podemos concluir esta Introducción con la mención de dos términos difíciles, que pueden crear un problema conceptual. El primero de ellos es el de *intelectual*. Para referirnos a los ilustrados hemos hecho uso de todas las formas que aparecen en la documentación consultada y que eran de uso corriente en la época: *gentes de letras*, *clase literaria*, *jóvenes físicos*, *sabios del Reino*, *juventud noble*, y algunos otros; pero en más de una ocasión se nos ha escapado la expresión “intelectuales”. Aunque la palabra fue empleada por uno de los miembros más distintivos del grupo, José Manuel Restrepo, en su *Autobiografía* (escrita en 1855), para referirse a sus actividades de 1815 en Jamaica, donde, según escribe, se dedicó a “intercambiar con los círculos de intelectuales”, la palabra no es habitual en los documentos que hemos consultado, y es posible que un uso laxo de ella entrañe un peligro de anacronismo. De todas maneras, fijar la cronología exacta de un problema de tal complejidad como el del surgimiento del intelectual moderno no deja ser una empresa difícil y arriesgada. Sin embargo –aunque el argumento completo se expone en las páginas que siguen– creemos tener algunas razones para pensar

---

<sup>10</sup> Cf. Chartier, Roger (sous la direction de), *La correspondance. Les usages de la lettre au XIXe siècle*. Paris, Fayard, 1991.

que, por lo menos por ciertos rasgos, el intelectual ilustrado de Nueva Granada expresa ya muchas de las características del intelectual moderno, aunque el problema siempre aparezca en penumbra al investigador por el arcaísmo de la sociedad que rodea tal aparición y por el carácter inconcluso del proceso, un proceso que aún no encuentra su punto de llegada ni siquiera en la actual sociedad colombiana, en tanto que en otras sociedades ha comenzado ya el proceso de su transformación.

El otro término con el que no hemos podido ajustar cuentas de manera conveniente en este trabajo es el de juventud. Como se sabe, la *juventud* no es una categoría biológica, y tienen razón los sociólogos cuando señalan que el surgimiento estricto de una juventud moderna en Colombia es un fenómeno reciente, asociado con la vida urbana, con cierto tipo de consumos, con formas precisas de música, de desencanto y de búsqueda de “paraísos artificiales”, de todo lo cual se encontraban, por razones obvias, bastante alejados nuestros virtuosos, piadosos y disciplinados ilustrados. Sin embargo, la expresión “la juventud del Reyno” que se usó para referirse a ellos no deja de tener cierto sentido, en cuanto se trató de un grupo de edad cuyo acceso a una nueva cultura coincidió con el ablandamiento de ciertos vínculos familiares, con el abandono de la casa paterna por razones de estudio, con la formación de lazos de amistad que trascendían los círculos familiares y con la esperanza de una utopía que expresaba inmensas ganas de vivir para cambiar el mundo, así fuera el provinciano e ignorado mundo del virreinato de Nueva Granada. En cualquier caso, no dejamos de reconocer que se trata de un uso laxo y más bien indefinido del término.



*Saludos de Caldas y de Camacho  
y de toda la compañía.*

De una carta dirigida por Ignacio Torres  
desde Santafé, para Jerónimo Torres en Popayán 1808.

*Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo  
“tal y como verdaderamente ha sido”. Significa adueñarse de un  
recuerdo tal como relumbra en el instante de un peligro.*

Walter Benjamin.

